

Los peligros del cuerpo. Género y sexualidad en el centro de Veracruz*

A pesar de que *Los peligros del cuerpo* es el resultado de una larga investigación que Rosío Córdoba realizó para obtener el grado de Doctora en Ciencias Antropológicas, su lectura es bastante accesible porque está muy bien escrita y eso es algo que causa un enorme placer.

Me parece importante señalar también de entrada que este libro colma una laguna en los estudios de antropología mexicana y será herramienta imprescindible para todos aquéllos que estudian las cuestiones de género, de identidad, de sexualidad. Es cierto que no hay estudios sistemáticos sobre el cuerpo y la sexualidad en México, mucho menos aún sobre el sexo y la sexualidad del campesinado mexicano, así que estoy segura de que este libro se convertirá en un *best-seller* de la antropología feminista. Porque, como su título lo indica, este libro trata de cuerpos, de sexualidad, de géneros y de poder. Nos relata cómo cada una de estas categorías conceptuales que hasta hace no mucho tiempo se pensaban inmutables y ahistóricas, hoy son construcciones producidas por la cultura.

* Rosío Córdoba Plaza, *Los peligros del cuerpo. Género y sexualidad en el centro de Veracruz*, BUAP/Plaza y Valdés, Puebla, 2003.

El libro nos permite entrar al mundo privado de un ejido mexicano situado cerca de Xalapa, de una comunidad campesina, de cuyo nombre Rosío no quiso acordarse y bautizó con el quimérico de Quimichtepec¹, en un gesto de protección de la intimidad de la que a partir de entonces se convirtió en su comunidad.

Es un viaje, decíamos, a ese mundo privado del que no sabíamos nada porque la sexualidad era tabú para la

¹ La zona donde hoy se asienta la comunidad estudiada por Rosío Córdoba formó parte de la vasta hacienda perteneciente a un mayorazgo fundado desde la Colonia. Hacia 1873, su extensión ocupaba casi 40 mil hectáreas. Como la mayoría de las haciendas del Valle de Actopan y del corredor Xalapa-Coatepec, Quimichtepec fue una empresa que basó su auge económico en la producción de caña de azúcar y sus derivados, además de la cría de ganado fino. Su situación geográfica privilegiada, más la introducción del ferrocarril, la volvió una verdadera "unidad de producción" y a finales del siglo XIX se vuelve un moderno ingenio azucarero. Pero después de la Revolución, el ingenio y la casa-hacienda fueron embargados. En los años treinta se formó una sociedad cooperativa de trabajadores que abrió una época de luchas intestinas por acaparar el poder, conocida como "de pistolerismo", hasta que matan al cacique y los ejidatarios deciden sacar la producción de caña al ingenio vecino. En los años cincuenta se empieza a sembrar café que se convertirá en una alternativa al cultivo de caña. Este cultivo permitirá a las mujeres participar del trabajo asalariado y provocará cambios importantes en las relaciones de género (pp. 81-90).

investigación “dura” que fue muy pudibunda hasta que nuestros maestros, muy bien utilizados por Rosío: Foucault, Flandrin, Veyne, Brown, por citar sólo a los más representativos, nos demostraron que la sexualidad y el discurso en torno a ella era un mirador clave para observar a la cultura que la practica.

Sabemos que desde siempre la gente ha practicado el sexo aunque no siempre hablara de él; ya se lo preguntaba Freud en 1916: ¿lo sexual no es acaso lo indecente, eso de lo que no se debe hablar? No fue sino hasta que surge “eso” llamado sexualidad, cuando aparece un enorme dispositivo cultural para normarlo, para disciplinarlo, para decirle a cada quien, cómo, por dónde y con quién era lícito practicarlo; pero en realidad el término sexualidad tomó el sentido corriente de vida sexual hasta finales del siglo XIX. A principios del siglo XXI, la sexualidad, o más bien el discurso sobre ella, la puesta en discurso del sexo, se ha convertido en lugar común, público y banal y, a pesar de ello, su contenido no es fácil de definir. La construcción de esta noción que liga la emoción, el deseo, el acoplamiento, el placer y la reproducción, así como el reconocimiento de la diferencia de los sexos, acompaña sin duda a la humanidad desde sus comienzos a través de la construcción de un orden social y de un orden simbólico. En este libro

Rosío describe cómo la norma y la práctica se imbrican en esa comunidad campesina veracruzana.

Monta su trama volviéndola plausible apoyada en un riguroso conocimiento y manejo de las técnicas antropológicas que son la entrevista, la observación, la observación participativa, las historias de vida, pero todo hilvanado con un hilo invisible —y ese es el *quid* de la cuestión—, por un riguroso manejo de la metodología de las ciencias sociales, porque éste es, además, o sobre todo, un libro teórico.

La autora teoriza acerca de esa categoría, la de género, sobre esa “pequeña gran diferencia”, como dice la teórica feminista Marta Lamas, que existe entre hombres y mujeres y que ha sido el pretexto para la subordinación y para la dominación de unos sobre las otras. Y nos muestra de manera muy viva cómo esa asimetría sexual, que ha justificado la desigualdad social, política y económica de las mujeres, opera a través de la descripción de la enorme brecha que existe entre los sexos en Quimichtepéc. Narra cómo las madres siempre prefieren a los niños y les permiten libertades que a las niñas no, y los educan para que después sean a su vez bien machos, pues todo lo que implica valor social en la comunidad es masculino y todo lo devaluado es femenino. Menos la maternidad, el único espacio femenino con valor, lo que

podría ayudar a explicar el hecho de que muy pocas mujeres tomen precauciones anticonceptivas, que la tasa de natalidad sea elevada y que las jóvenes comiencen su vida sexual y de madres siendo apenas adolescentes.

Esta explosión demográfica tan propia de nuestros países me remitió al pasado, por una evidente deformación profesional, pero también porque me encuentro estudiando justamente el desarrollo de la medicalización de los cuerpos, de la sexualidad y de la anticoncepción en el siglo XIX, y lo que más me impactó del libro de Rosío Córdoba es lo poco que la modernidad, el progreso, los avances de la ciencia y de la educación, la higiene y la medicina, de la que tanto se vanagloriaron nuestros ilustres antepasados, han logrado para el mejoramiento de la condición campesina en general y femenina en particular.

Porque esta investigación nos permitió ver que una constante en Quimichtepc es la terrible vulnerabilidad de la comunidad, su pobreza, su futuro cancelado, a tal grado que sus jóvenes ya están yendo a buscar mejor suerte a otra parte. Pero también nos reveló el terrible alcoholismo masculino, la infidelidad de los hombres, el uso y abuso de sus privilegios de género.

Por otro lado, es impresionante también constatar el enorme desco-

nocimiento del cuerpo y sus funciones que lleva a las muchachas a preguntar, a punto de dar a luz, por dónde saldrá el bebé y a la abuela responder, "pos por donde entró burra". Otras piensan que por la uretra y es que a nadie le explican nada, por eso tanto miedo y angustia a los dolores y al parto. Es esta ignorancia sobre el funcionamiento del propio cuerpo la que otorga a los doctores de la clínica del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) el poder de decidir qué método anticonceptivo aplicar o cuándo y a qué edad poner un dispositivo o esterilizar a alguna, y, por otra parte, a las mujeres a aceptar las decisiones externas y los embarazos como una fatalidad en la que no pueden incidir.

Y esa lapidaria "sabiduría popular" sigue repitiendo que las fracasadas son las abandonadas por sus parejas, que las desfloradas están averiadas, pues todavía la virginidad sigue siendo "un capital simbólico" que se debería resguardar como un tesoro, aunque no haya verdaderas sanciones cuando muy jóvenes pasan al acto, se embarazan y se van a vivir en general a casa de los "suedros", comenzando así el nuevo ciclo.

Al leer la interpretación que hacen los campesinos entrevistados sobre sus propios cuerpos y sus humores, pensé en esos cuerpos "pre-modernos" de santos o vírgenes consagrados que

Camporesi² describe maravillosamente, esos cuerpos abiertos completamente a las influencias cósmicas, a la maldad, a los celos y a la idea hipocrática de los humores y de la enfermedad vista como un desarreglo de ellos. Pero lo que más me sorprendió fue la cantidad de tabúes y de miedos y de aprehensiones respecto a todas las posiciones sexuales que no son la clásica, la del misionero, porque siempre fue la única permitida por la Iglesia; pero también conmueve el asco, el desprecio, la vergüenza que la comunidad en su conjunto le tiene al cuerpo desnudo y a todo lo que ahora llamamos erótica.

Por suerte Rosío encuentra que en Quimichtepec las cosas están cambiando para las mujeres, vislumbra que ahí se está comenzando a dar cierto "equilibrio genérico". Le parece que los cambios sociales y económicos del ejido han ido permitiendo a las mujeres adquirir un nuevo poder. Este estatus inédito hasta épocas recientes, adquirido por la posesión del título de propiedad o por el hecho de salir a trabajar, les ha dado el derecho —dice Rosío— para buscar placer en la relación de "queridato" que la autora describe detalladamente. Esa posibilidad de salir a buscar placer sin ser

tachada de prostituta es sólo para aquéllas que son madres y exclusivamente para solventar esas "necesidades" que un marido irresponsable no puede cumplir, necesidades no sólo económicas, nos dice la autora, sino también eróticas. Para que este sistema funcione sin mermar la honra del esposo, las mujeres recurren a la magia, al embrujo, y el marido así entoloachado "se hace de la vista gorda". Las mujeres que se ven forzadas por la necesidad a adoptar este sistema —bautizado por la autora de la "ayuda"—, impelidas por la necesidad, encuentran ahí placer y algo de dinero, pero no sabemos en realidad qué tanto poder logren efectivamente.

Me parece, y con eso me gustaría concluir, que en esta estrategia de sobrevivencia no podemos confundir placer con orgasmo o no solamente, ya que el psicoanálisis nos enseña que el placer, por definición, se encuentra en el campo opuesto, no en el de la necesidad, que puede ser satisfecha con un orgasmo o con dinero, sino en el campo del DESEO, y que el objeto del deseo es siempre un fantasma, y ese otro fantasma es siempre inexistente.

De cualquier forma, la historia de la sexualidad no tiene ningún caso si no podemos ver las especificidades que produce cada grupo humano, si no podemos comparar una cultura con otra, y si no podemos encontrar en el

² Piero Camporesi, *La Carne impassibile*, Milan, il Saggiatore, 1983.

pasado algunas razones para entender nuestro comportamiento actual.

Podemos dudar entonces, junto con Rosío, que las pulsiones naturales y las prohibiciones culturales sean las únicas fuerzas que permiten la estructuración de las conductas sexuales. Lo interesante está en poder dilucidar en cada cultura específica cómo el deseo y el placer, tanto en el hombre como en la mujer, están estructurados por una erótica específica, sin olvidar por supuesto las famosas prohibiciones.

Describir esa erótica, revelar las relaciones que ésta mantiene con el conjunto del sistema de valores vehiculado por la cultura es una tarea necesaria pero difícil pues nuestra cultura es muy compleja. Cualquier estudio que vaya en ese sentido, como este buen libro de Rosío, es pues una tarea valiosa y aportadora.

Fernanda Núñez Becerra

INAH-Xalapa